

JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO

RAZONES  
PARA EL AMOR

---

---

*CUADERNO DE APUNTES III*

VIGÉSIMO OCTAVA EDICIÓN

Ediciones Sígueme  
Salamanca 2002

*A mi hermana Angelines,  
sin cuyo cariño y ayuda  
este libro nunca hubiera  
podido escribirse*

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme, S.A., 2002  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

ISBN: 84-301-1388-6  
Depósito legal: S. ¿???-2002  
Maquetación: Isabel Martín Macías y Andrés Vaquero  
Impreso en España  
Imprime: Gráficas Varona  
Polígono El Montalvo, Salamanca 2002

## ÍNDICE

---

	<i>Introducción</i> .....	11
1	Los miércoles, milagro .....	15
2	Vivir es convivir .....	17
3	Las columnas del mundo .....	21
4	Ana Magdalena .....	26
5	Los espacios verdes .....	31
6	Los prismáticos de Juan XXIII .....	35
7	Compadecer con las manos .....	38
8	Crear apasionadamente .....	41
9	Un cadáver en la playa .....	44
10	Clase sobre el matrimonio .....	47
11	Tiempo de inquisidores .....	50
12	Curas felices .....	54
13	Al cielo en cohete .....	58
14	El ángel del autobús .....	61
15	La risa de Lázaro .....	65
16	Notas sobre la amistad .....	67
17	Notas sobre la libertad .....	73
18	Las cadenas del miedo .....	81
19	La sombra de Bucéfalo .....	83
20	Los tres canteros .....	85
21	Bomba en la cuna de la paz .....	88
22	Como una novia recién estrenada .....	90
23	El color de la sobrepelliz .....	92
24	Cambiar el mundo .....	95
25	Mozo de equipajes .....	98
26	El muchacho que fuimos .....	101
27	Nadar contra corriente .....	104
28	Contra la resignación .....	107
29	Profetas de desventuras .....	110

30	La piedra filosofal .....	112
31	Los calcetines .....	115
32	Las otras loterías .....	118
33	Teoría del cascabel .....	120
34	El sueño de Barth .....	122
35	Canción de amor para Canelo .....	124
36	El padre enfermo .....	126
37	Para ver más hondo .....	128
38	«Me suicido o me meto monja» .....	130
39	Odiarse a sí mismo .....	133
40	La puerta cerrada .....	136
41	Después de los exámenes .....	139
42	Muchachos, os estamos engañando .....	142
43	San Imprudente .....	145
44	Las hojas nuevas .....	148
45	Repartir la alegría .....	150
46	El destino y el coraje .....	152
47	Los seres invisibles .....	154
48	Tè quiero tal y como eres .....	156
49	¿Un S.O.S. frente al caos? .....	158
50	El gran silencio .....	162
51	Salvar el fuego .....	166
52	Una sonrisa tras la tapia .....	168
53	Madame Bovary, o «cuando los sueños sustituyen a la realidad» .....	170
54	Sonata a Kreutzer o cuando la carne devora al amor .....	175
55	Engendrar con el alma .....	179
56	La «vergüenza» de ser cristianos .....	183
57	El grito .....	186
58	Madre Iglesia .....	190
59	Las clases medias de la santidad .....	196
60	El milagro de las manos vacías .....	200
61	Un rincón en el cielo .....	203
62	Querida máquina .....	208
63	La pasión del hombre de hoy .....	211
64	La más honda historia de amor .....	228
65	Carta a Dios .....	234

## INTRODUCCIÓN

---

---

*Cuando, hace ahora cuatro años, comencé esta aventura de mis «razones», nunca pude imaginar lo que para mí llegarían a significar. Es asombroso: lanzas un día un pájaro a volar y, de pronto, te encuentras que él solito hace nido en miles de corazones. Y el primer asombro es el propio autor. Porque lo que nacía como una simple serie de artículos circunstanciales y dispersos se iba convirtiendo, para mí, en un retrato interior y, para muchos, en un compañero en el camino de la vida. Y fue ese descubrimiento de los que caminaban a gusto a mi lado lo que me empujó a encuadernar aquellas primeras impresiones en mis Razones para la esperanza, que tuvo una inexplicable acogida entre sus lectores, que no sólo agotaban sus ediciones, sino que además me inundaban a mí con su cariño.*

*Fue ese cariño el que me obligó a seguir. Y nacieron las Razones para la alegría, que tuvieron, en ediciones y acogida, la misma suerte misteriosa que su hermano mayor.*

*Al editar ese segundo volumen, me prometí a mí mismo que ahí se cerraba aquella serie. Pero la insistencia de los editores me llevó a descubrir los muchos huecos que en los tomos publicados quedaban. Temas sin rozar, razones sin exponer. Faltaban, sobre todo, muchas de las más importantes raíces. En definitiva, sólo podemos tener esperanza cuando antes tenemos amor. Y la alegría no es sino el último fruto de ese amor. Si quería, pues, que estas razones –aunque aparentemente desordenadas y circunstanciales– recogieran las verdaderas*

*claves de mi visión del mundo, tendría que añadirle esos trasfondos para dar verdadero sentido a los dos últimos volúmenes precedentes.*

*Me animé por ello a cerrar esta serie de apuntes con una tercera y última entrega: estas Razones para el amor que tienes entre las manos.*

*El lector de los tomos precedentes encontrará en éste dos novedades: mientras aquellos eran simplemente una recogida de artículos previamente publicados en «ABC», esta vez un buen número de los que forman la última serie han sido reelaborados íntegramente o han sido directamente escritos para este volumen y son, por tanto, inéditos.*

*Más visible es la segunda característica: en este tercer volumen es mucho más notable la carga religiosa de la mayoría de mis comentarios. La razón es bastante simple: al estar las dos primeras entregas pensadas directamente como artículos para un periódico, prefería –aunque la visión religiosa estaba siempre al fondo de todos ellos– que predominara en sus planteamientos el simplemente humano, que pudiera llegar a todo tipo de lectores. Pues no todos los de un periódico son confesionalmente cristianos.*

*Esta vez, en cambio, al haber escrito pensando ya en el volumen, me he sentido más libre y he dejado a mi corazón que hablase con un mayor descaro de lo que realmente siente. Si soy cristiano, ¿cómo podrían mis razones no serlo? Si la última raíz de mi amor, de mi esperanza y mi alegría estaba en Dios, ¿tendría yo derecho no diré a camu-*

*flarlo –cosa que creo no haber hecho nunca–, sino incluso a dejarlo en un segundo plano de fondo?*

*Con ello estoy queriendo decir que en este tercer volumen entrego las que, en definitiva, son las últimas claves de mi vida. Soñé, a lo largo de mi vida, muchas cosas. Ahora sé que sólo salvaré mi existencia amando; que los únicos trozos de mi alma que habrán estado verdaderamente vivos serán aquellos que invertí en querer y ayudar a alguien. ¡Y he tardado cincuenta y tantos años en descubrirlo! Durante mucho tiempo pensé que mi «fruto» sería dejar muchos libros escritos, muchos premios conseguidos. Ahora sé que mis únicas líneas dignas de contar fueron las que sirvieron a alguien para algo, para ser feliz, para entender mejor el mundo, para enfrentar la vida con mayor coraje. Al fin de tantas vueltas y revueltas, termino comprendiendo lo que ya sabía cuando aún apenas si sabía andar.*

*Dejadme que os lo cuente: si retrocedo en mis recuerdos y busco el más antiguo de mi vida, me veo a mí mismo –¿con dos años, con tres?– corriendo por la vieja galería de mi casa de niño. Era un galería soleada, abierta sobre el patio de mis juegos infantiles. Y me veo a mí mismo corriendo por ella y arrastrando una manta, con la que tropezaba y sobre la que me caía. «Manta, mamá, manta», dicen que decía. Y es que mi madre estaba enferma y el crío que yo era pensaba que todas las enfermedades se curan arrojando al enfermo. Y allí estaba yo, casi sin saber andar, arrastrando aquella manta absolutamente inútil e innecesaria, pero intuyendo quizá que la ayuda que prestamos*

*al prójimo no vale por la utilidad que presta, sino por el corazón que ponemos al hacerlo.*

*Me pregunto, cincuenta años después, si todo nuestro oficio de hombres no será, en rigor, otro que el arroparnos los unos a los otros frente al frío del tiempo. Por esto el niño que soy y fui ha escrito estas Razones. Si sirven para calentar el corazón de alguien, me sentiré feliz. Porque, entonces, sí que habré tenido razones para vivir.*



## LOS MIÉRCOLES, MILAGRO

**A**quella tarde a Gabriela –uno de los pequeños personajes de una novela de Gérard Bessière– le preguntó su amigo Jacinto:

–¿Qué has hecho hoy en la escuela?

–He hecho un milagro –respondió la niña.

–¿Un milagro? ¿Cómo?

–Fue en el catecismo.

–¿Y cómo hiciste el milagro?

–Tenemos como profesora a una señorita que está muy enferma. No puede hacer nada ella sola, sólo hablar y reír.

–¿Y qué pasó?

–La señorita hablaba de los milagros de Jesús. Y los niños dijeron: No es verdad que haya milagros. Porque si los hubiera, Dios te hubiera curado a ti.

–Y ella, ¿qué dijo?

–Dijo: Sí, Dios hace también milagros para mí. Y los niños dijeron: ¿Qué milagro ha hecho?

–¿Y entonces?

–Entonces ella dijo: Mi milagro sois vosotros. ¿Por qué?, le preguntamos. Y ella dijo: Porque me lleváis los miércoles a pasear, empujando mi carrito de ruedas. ¿Lo ves? Hacemos milagros todos los miércoles por la tarde. La señorita dijo también que habría muchos más milagros si la gente quisiera hacerlos.

–¿Te gusta a ti hacer milagros?

–Sí. Tengo ganas de hacer un montón. Primero pequeños. Cuando sea mayor voy a hacer milagros grandes.

–¿Todos los miércoles?

–Quiero hacerlos todos los días, toda la vida.

–¿No te parece que la vida es también un milagro?

–No –dijo Graciela–. La vida es para hacer milagros.

Gabriela tiene razón, la vida es para hacer milagros, los miércoles, y los jueves, y los domingos. La vida no es para sentarse esperando que Dios haga milagros espectaculares, no es para limitarse a confiar en que él resuelva nuestros problemas, sino para empezar a hacer ese milagro pequeñito que él puso ya en nuestras manos, el milagro de querernos y ayudarnos. ¿Es que será más milagroso devolverle la vista a un ciego que la felicidad a un amargado? ¿Más prodigioso multiplicar los panes que repartirlos bien? ¿Más asombroso cambiar el agua en vino que el egoísmo en fraternidad? Si los hombres dedicásemos a construir milagros pequeñitos la mitad del tiempo que invertimos en soñarlos espectaculares, seguramente el mundo marcharía ya mucho mejor.

Y el milagro de amar pueden hacerlo todos, niños y grandes, pobres y ricos, sanos y enfermos. Fijaos bien, a un hombre pueden privarle de todo menos de una cosa: de su capacidad de amar. Un hombre puede sufrir un accidente y no poder volver ya nunca a andar. Pero no hay accidente alguno que nos impida amar. Un enfermo mantiene entera su capacidad de amar: puede amar el paralítico, el moribundo, el condenado a muerte. Amar es una capacidad inseparable del alma humana, algo que conservará siempre incluso el más miserable de los hombres.

Sólo en el infierno no se podrá amar. Porque el infierno es literalmente eso: no amar, no tener nada que compartir, no tener la posibilidad de sentarse junto a nadie para decirle: ¡Ánimo!

Pero mientras vivimos no hay cadena que maniate al corazón salvo claro está la del propio egoísmo, que es como un anticipo del infierno. «Los verdaderos criminales –decía Follereau– son los que se pasan la vida diciendo yo y siempre yo».

En cambio, allí donde se ama se ha empezado a construir ya el cielo a golpe de milagros. En definitiva, los milagros, para Jesús, eran ante todo «los signos del reino», ¿y qué mejor signo de un reino de amor total que empezar queriéndose aquí con amores pequeñitos como el de Gabriela y sus compañeras de escuela?